

GEOFFREY PLEYERS

Los movimientos de las plazas en el decenio 2010

Más allá de los “Nuevos movimientos sociales”

GEOFFREY PLEYERS

FNRS-Université Catholique de Louvain,
Geoffrey.Pleyers@uclouvain.be

RESUMEN

Desde 2011, surgió una ola de protestas ciudadanas y de movimientos sociales sin interrupción hasta la fecha y que ha afectado todas las regiones del mundo. Estos movimientos no corresponden ni a las formas, componentes y mecanismos del “antiguo” movimiento obrero, ni a los “nuevos movimientos sociales” de los años 1970 y 1980. Nos obligan a repensar lo que son los movimientos y la democracia en nuestros tiempos. El presente artículo explora dimensiones de estos “movimientos democratizadores de los años 2010” y de la cultura “alter-activista” que anima a estos actores a partir de cinco debates que animaron los analistas de estos movimientos: ¿Qué tan nuevo son estos movimientos? ¿Son movimientos globales o nacionales? ¿Son movimientos Facebook, más “virtuales” que “reales”? ¿El rechazo de las organizaciones tradicionales por muchos de estos movimientos no reflejaría más los valores individualistas del capitalismo que de la solidaridad? ¿Cómo se vinculan estos movimientos con la política institucional?

PALABRAS CLAVE: Movimientos sociales, globalización, democracia, activismo prefigurativo.

ABSTRACT

A global wave of citizens' protests and social movements has risen since 2011. New actors have shaken the socio-political arena of dozens of countries in all regions of the world. These actors do correspond neither to the classic workers movements, nor to the cultural-oriented “new social movements” of the 1970s and 1980s. They oblige us to rethink social movements and democracy in a different way. This article explores the key features of these “progressive movements of the 2010s” and the “alter-activist” culture that has shaped them focusing on five major debates they have raised. (1) How new are these movements? (2) Is it a global movement or a series of national uprisings? (3) Are these “Facebook revolutions” the products of social media? (4) Aren't mobilizations characterized by the rejection of civil society organization more connected to the individualization of advanced capitalist societies rather than to expressions of new forms of solidarity? (5) How do these horizontal movements connect to institutional politics?

KEYWORDS: Social movements, globalization, democracy, global occupy, prefigurative, activism,

Introducción

Una ola global de movimientos surgió al inicio de los años 2010. Tiene varios antecedentes (entre otros, Irán y Grecia en 2008), pero se acordó que surgió en Tunes con la llamada “Revolución de la dignidad”, que derrocó al régimen de Ben Ali y desde allí afectó al mundo árabe, donde derrocó a otros dictadores (en Egipto y en Libia) cuando los regímenes de Bahréin y de Siria recurrieron a una represión implacable para matar las aspiraciones democráticas. Unas semanas después, los jóvenes se rebelaron en contra de la crisis económica y democrática y ocuparon las plazas en Portugal y en España en la primavera 2011, y más tarde en el otoño en toda América del Norte, Europa y Moscú. Mientras, las movilizaciones estudiantiles de 2011 en Chile, Colombia y Quebec cuestionaron profundamente no sólo el poder de lucro en la educación superior sino todo el modelo de sociedad (Garretón, 2016).

En 2012, los estudiantes mexicanos irrumpieron en las campañas políticas desde las redes sociales para denunciar la colusión entre el candidato que ganó las elecciones presidenciales, Enrique Peña Nieto, y los poderes económicos y mediáticos. En 2013, los jóvenes se levantaron en el parque de Gezi en Estambul, en todas las ciudades de Brasil y en Hong Kong. Lejos de la atención de los medios internacionales, los ciudadanos también se organizaron en varias ciudades de Europa del Este, particularmente en Bucarest y en Sofía (Barouh, 2015), y en África del Oeste. En Senegal, el movimiento “Y’en a marre” (en español “¡Estamos hartos!”) ha revivido el debate democrático y ha contribuido a poner fin a las reelecciones sucesivas de Abdoulaye Wade. Desde 2011 y hasta la fecha, no pasa un mes sin que estalle una protesta ciudadana en un país. “Nuit Debout” en Francia (Pleyers, 2016); las decenas de miles de polacos que bajaron a las calles para defender la independencia de los jueces frente al gobierno conservador; las ocupaciones de plazas públicas, de preparatorias y de universidades en ciudades brasileñas o las acampadas en favor de la paz en Colombia después del referéndum o las movilizaciones ciudadanas que lograron la dimisión de la presidenta surcoreana, fueron algunas de las manifestaciones de esta ola global en el 2016. En contextos tan diferentes, miles de jóvenes y de ciudadanos denunciaron una “democracia sin elección” y la colusión entre las élites políticas y económicas. No sólo demostraron su inconformidad con el manejo poco ético de los bienes públicos por los dirigentes, sino también ex-

perimentaron e impulsaron modalidades de una democracia más participativa y demostraron una gran capacidad de acción y de iniciativa.

Cabe mencionar que este artículo no trata de todos los movimientos y actores que marcaron estos últimos años. Se enfoca en un tipo particular de movimientos, que fueron nombrados los “movimientos de las plazas” y que corresponden a la cultura militante del “alter-activismo” (Pleyers, 2009). Estos actores sólo representan una parte de los movimientos que transforman nuestras sociedades, como son los movimientos comunitarios, indígenas, campesinos y ambientalistas, así como los movimientos conservadores, racistas y reaccionarios.

¿“Nuevos” movimientos sociales?

El debate de la “novedad”

Con cada nueva ola de movilización, vuelve a surgir el debate sobre la “novedad” de estos movimientos. Los movimientos que marcaron el inicio de la década de 2010 no son la excepción. Este debate siempre es un campo minado.

Muchos de los activistas que viven su primera experiencia de movilización en estos movimientos sostienen que estos movimientos son novedosos e innovadores, enfatizando su capacidad de crear y experimentar nuevas formas de organizarse, de vincularse con los demás y de comunicar. Otros activistas, en particular los que tienen una larga experiencia, sostienen que estas movilizaciones mantienen ciertas similitudes y continuidades con los movimientos del pasado y ven poca originalidad en el fenómeno. El mismo debate anima a los académicos que estudian estos movimientos.

En su estudio de la genealogía de la táctica de la acción directa en los movimientos ecologistas, el sociólogo inglés Brian Doherty (2008) mostró que, cada vez que uno dedica un poco de tiempo a investigar, se encuentran antecedentes sobre los orígenes, las prácticas militantes y sobre las fuentes que las inspiraron. Lo mismo se aplica a la mayoría de las prácticas que caracterizan a los movimientos contemporáneos. De hecho, los campamentos de “indignados” se parecen en muchos aspectos a las acampadas en contra del cambio climático y a las acampadas de jóvenes alter-activistas organizados en torno a la democracia directa y al activismo “prefigurativo” de la década del 2000 (Pleyers, 2010), los cuales, a su vez, se asemejan mucho a los campamentos anti-militaristas de los años 1970 en Italia. En México, la ocupación de las plazas por acampadas de ciudadanos inconformes

tiene una larga historia. Los plantones han sido parte del repertorio de acción clásica de las protestas (Tamayo & López-Saavedra, 2012) mucho antes que el “15M” en España y Occupy Wall Street trajeron la atención mediática global sobre las acampadas. Manuel Garza (2016), apunta a las dimensiones prefigurativas del plantón de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca en 2006 y a la voluntad de sus participantes a relacionarse con los demás de una manera distinta a la que prevalece en la sociedad capitalista, como dos características mayores y que muchos autores analizaron en los movimientos Occupy en 2011.

¿Pero acaso los movimientos contemporáneos no son más que repeticiones poco útiles de movimientos anteriores? A los activistas experimentados les costará mantener a los jóvenes indignados en su voluntad de “reinventar la democracia”. Sin embargo, no hay que perder de vista que incluso aún más que sus predecesores, la experiencia vivida como la experimentación ocupa un lugar central en estos movimientos (Pleyers, 2010). Bajo esta perspectiva, para los activistas se trata de “vivir” y “experimentar” la democracia, de (re) inventar las modalidades de participación directa, junto con los mecanismos que permiten tomar decisiones colectivas. En su estudio de acampadas “Occupy” en ciudades medias en México (en particular en Aguascalientes), Dorismilda Flores (2016) muestra la importancia de esta experiencia para los participantes y el interés de prácticas e “innovaciones” que surgieron de la fertilización recíproca de la cultura “global” de los Occupy y de elementos de la cultura de protesta, experiencias anteriores y elementos de acción mexicanos, pero también locales, propios a la ciudad o la región del país.

Pocas tácticas utilizadas en las marchas y las acampadas de los años 2010 eran inéditas. No obstante, vivir esta experiencia democrática durante varias semanas dentro de un campamento en el corazón de las ciudades globales o de los pueblos, permitió a los participantes desarrollar un sentido de la democracia aferrado a las prácticas y desde la experiencia vivida. Así bajo esta perspectiva, cada generación debe reinventar y experimentar la democracia. Aunque efímeras, las experiencias de estas acampadas marcan a cada uno de sus participantes mucho más allá del tiempo efímero del propio evento, refuerzan la tendencia a renovar la participación en movilizaciones políticas y pueden transformar considerablemente y a largo plazo la identidad social y los valores políticos de sus participantes (McAdam,

1989), e incluso más allá, marcando una generación de activistas. Por lo tanto, es esencial considerar también los impactos personales y biográficos de las movilizaciones, tal como el caso de los indignados y de Occupy, de Gezi Park a Estambul (Turkmen, 2016), o el caso de los ciudadanos brasileños en junio del 2013.

El debate sobre la “novedad” de un movimiento social o de una forma de acción es a menudo una “trampa analítica” para los sociólogos: siempre existen antecedentes a un movimiento o a una forma de acción, pero nunca se trata únicamente de una reproducción de tácticas anteriores. Más que insistir en la novedad o al contrario en la reproducción de prácticas ya experimentadas en las décadas o los siglos anteriores, la sociología gana en relevancia cuando se enfoca en analizar la experiencia, la relevancia, los obstáculos, las lógicas de acción y la evolución de los actores que adoptan estas prácticas, apoyándose en análisis de movimientos anteriores similares, pero sin pensar ni en términos de innovaciones radicales, ni de simple reproducción de modos de acción.

Más allá de los “nuevos movimientos sociales”

En el campo de la sociología de los movimientos sociales, el término “Nuevos movimientos sociales” no se refiere a algo nuevo sino a un tipo particular de movimientos sociales. Alain Touraine (1979), forjó el concepto de “nuevos movimientos sociales” para enfatizar la importancia de movimientos que impulsaban y reivindicaban aspectos más “culturales” y que surgieron a partir de 1968. Sin desaparecer, el movimiento obrero iba perdiendo protagonismo y se había institucionalizado, mientras una ola de movimientos como los feministas, los ecologistas o los estudiantes transformaron la sociedad a partir de luchas con una fuerte carga cultural. El sociólogo argentino José Nun (1989), describió una nueva época de movimientos sociales donde actores modestos buscan cambiar el mundo a partir de su vida cotidiana. Dos décadas después, Asef Bayat (2010), mostró la importancia de dinámicas similares y de resistencias cotidianas en el mundo árabe.

¿Son “Nuevos movimientos sociales” los que protestan y acampan en las ciudades del mundo en los años 2010? Comparten algunas características con los movimientos de los años 1970 y 1980 y retoman muchas de sus luchas, pero tanto el movimiento altermundia-

lista como los movimientos de la década 2010 difieren sobre puntos claves. Una de las características compartidas de estos movimientos reside en la articulación de consideraciones culturales y socioeconómicas para cada uno de sus valores. Pertenecen a una nueva generación de movimientos que sobrepasan la dicotomía que surgió en la teoría de los movimientos sociales entre los “nuevos movimientos sociales”, movilizadores en torno a demandas culturales, formulados en términos de reconocimiento y de valores post-materialistas y los “viejos” movimientos más orientados hacia consideraciones materialistas y centrados en la redistribución.

El movimiento obrero no estaba desprovisto de cuestiones culturales y de identidad (Thompson, 1963; Calhoun, 1993), así como las demandas de algunos “nuevos movimientos sociales” tenían dimensiones socio-económicas (Goodwin & Hetland, 2013). Sin embargo, a partir de la década de los años sesenta, las demandas culturales ganaron terreno por sobre las demandas en temas de redistribución económica desde una nueva ola de movimientos (ecologistas, feministas, antirracistas, homosexuales, regionalistas. . .).

El movimiento altermundialista marcó un retorno a las reivindicaciones económicas de justicia social y oposición a la desigualdad sin abandonar los desafíos en términos de reconocimiento, de identidades y la celebración de la diversidad, como lo ilustra particularmente bien el caso de los indígenas zapatistas, considerado a menudo como la primera revuelta altermundialista. Los movimientos de la década del 2010 han ido un paso más allá, donde tanto las dimensiones socioeconómicas y culturales se encuentran inseparablemente vinculadas en cada una de sus reivindicaciones y de sus prácticas. Mientras que la dignidad es generalmente asociada a un repertorio del reconocimiento más que de reivindicaciones materiales, las definiciones formuladas por los activistas entrevistados mezclan los aspectos subjetivos y socioeconómicos, las reivindicaciones y las prácticas. Los activistas entrevistados asocian muy de cerca la dignidad a la democracia y la justicia social: “La dignidad es la posibilidad de vivir sin tener que pedir cada semana una limosna a mi mamá cuando ya tengo 25 años. Cuando tengo un trabajo, y puedo ganar mi vida, puedo caminar con la cabeza en alto” (entrevista con un joven tunecino, marzo de 2013).

Asimismo, estos activistas vinculan al mismo tiempo la democracia con el respeto a los ciudadanos por el Estado y a una lucha contra la colusión entre poderes políticos y económicos, en tiempos en que

las desigualdades son tales que el “10%” de la población más rica posee más recursos que el resto del mundo y tiene un peso determinante en las decisiones políticas.

¿Movimientos nacionales o movimientos globales?

a. El regreso de la dimensión nacional

El debate sobre las movilizaciones pro-democráticas que marcaron el inicio de la década del 2010 se polarizó rápidamente alrededor de dos posiciones. Por un lado, algunos analistas “macro” hablan de un movimiento internacional sobre el cual proyectan sus visiones de la emancipación y sus perspectivas teóricas. A menudo ellos tienen un conocimiento empírico limitado de los actores. Les observan desde las “contradicciones globales del capitalismo” y a partir de la prensa nacional o internacional, o como mucho, al observar a los activistas en una ciudad y luego proyectar su análisis sobre el movimiento global. Entender los movimientos sociales contemporáneos, particularmente aquellos que tienen una dimensión internacional, exige a los investigadores realizar trabajos de campo multi-situados con etnografía en varios sitios para comprender las especificidades de los actores en diferentes contextos y a partir de allí analizar puntos en común y desafíos compartidos.

Por otro lado, el nacionalismo metodológico (Beck, 1997) sigue siendo fuerte entre los investigadores que realizan trabajos de campo empíricos. Los investigadores se concentran mayoritariamente sobre un país. Luego, sus resultados son a menudo integrados en comparaciones “inter-nacionales”. La historia y los regímenes políticos son específicos para cada país, y tanto el espacio mediático como la sociedad civil organizada quedan esencialmente anclados dentro del marco nacional. Los análisis recogidos por Bennani-Chraïbi & Fillieule (2012) destacan la especificidad de los contextos y de los movimientos nacionales en el mundo árabe. La dinámica política nacional que condujo a la revolución tunecina es tan específica como lo es la arena política egipcia.

Al mismo tiempo, centrar el análisis sobre una comparación inter-nacional es una opción epistemológica cuestionable. Por un lado, marcar el acento sobre la dimensión nacional de una movilización tiende a ocultar las dimensiones locales de los conflictos y desafíos, sobreexponiendo las dinámicas de la capital y de las grandes ciuda-

des, así como a privilegiar movilizaciones urbanas y más mediáticas por sobre los movimientos rurales. La brillante contribución de Youssef El Chazli (2013) muestra que la dinámica (y hasta cierto punto los desafíos) de la protesta son muy distintos entre El Cairo y Alejandría. Asimismo, la mayoría de los análisis de las movilizaciones en junio de 2013 en Brasil se basaron esencialmente (y a menudo únicamente) en las ciudades de Sao Paulo, Río de Janeiro y Brasilia (y a veces en Porto Alegre), mientras que movilizaciones tan interesantes pero ancladas en un contexto local distinto tuvieron lugar en muchas otras ciudades.

Por otro lado, las dimensiones nacionales y globales de los movimientos sociales están presentes de manera errónea como mutuamente exclusivas. No es porque una movilización es en parte fruto de un proceso nacional o reflejo de las especificidades nacionales por lo que no pueda inscribirse en una ola internacional de movilizaciones, incluso en un movimiento global. También, congregar elementos que acrediten algunas especificidades nacionales de un movimiento no significa que no compartan ciertas características, formas de acción, valores y desafíos con una serie de otras movilizaciones en diferentes lugares del mundo y que por lo tanto pueda también tener una dimensión internacional. En la Edad Global, las investigaciones empíricas no sólo deben ser multi-situadas, sino también “multi-escalas”.

La articulación de distintas escalas de acción y análisis es esencial para entender los movimientos contemporáneos (Bringel, 2015; Pleyers, 2010). La importancia de la dimensión nacional es también una característica de muchas movilizaciones en esta década. Durante el transcurso de las revoluciones árabes, así como las movilizaciones de junio de 2013 en Brasil, las banderas nacionales estuvieron muy presentes. Del mismo modo, la aparición de campamentos de indignados en todas las ciudades de España de más de 30.000 de habitantes (Feixa & Perondi, 2013) han establecido con claridad el carácter nacional de un movimiento en un país aún marcado por las corrientes regionalistas. En México en 2012, el movimiento de estudiantes “#YoSoy132” encontró eco en internet y generó manifestaciones en las capitales de los 32 estados de la federación, mientras que antes fueron pocas las movilizaciones que afectaron al mismo tiempo tanto al Norte como al Sur del país.

En Europa, esta dimensión nacional en las movilizaciones progresistas ha sido a expensas de la dimensión continental de las luchas

sociales, que disminuyó considerablemente en comparación con la época del altermundialismo y de los Foros Sociales entre 1997 y 2005. Un millón de personas se manifestaron cuando se realizó el primer Foro Social Europeo en 2002 en Florencia. Cincuenta mil participaron en foros entre 2003 y 2004 en París y Londres. Europa es apuntada por aquellos que denunciaron las políticas de austeridad, pero es a nivel nacional que se organizan las movilizaciones en Grecia, Inglaterra (particularmente el movimiento UK Uncut), en España, Portugal, Bélgica, (donde más de 120 mil personas se manifestaron contra la austeridad el 6 de noviembre de 2014).

b. Dimensiones globales: Resonancias, contexto compartido y redes sociales

¿En este contexto, todavía se puede hablar de una “ola global” de movimientos? Sí, pero hay que considerar esta “dimensión global” no en términos de una organización planetaria, ni de foros sociales multitudinarios, sino en términos de resonancias, de flujos y de una rebelión compartida.

La resonancia de símbolos (como lo máscara de “V de Venganza” (Glasius & Pleyers, 2013; Olesen 2015), las emociones (junto con la indignación) y la circulación de repertorios de acción (por ejemplo, la ocupación de lugares) sugieren la existencia de una dimensión compartida por muchos movimientos de la década del 2010. No obstante, se encuentran menos anclados a campañas, foros, y movilizaciones coordinadas, y más por la resonancia de los movimientos, de reivindicaciones y valores. Esta resonancia se trata principalmente sobre la subjetividad de los actores. Se trata de un vínculo social que se sitúa al nivel de la experiencia de los activistas, de sus valores que son compartidos por los activistas, que no se comprometen directamente en luchas en un contexto lejano, pero encuentran en esa lucha un sentido compartido, una cultura política y reivindicaciones que corresponden a sus propias luchas (McDonald, 2006; Glasius & Pleyers, 2013).

Un elemento compartido de las revueltas de la década del 2010 fue el contexto económico internacional sombrío en muchos países. La crisis económica y el aumento del desempleo afectaron particularmente a los jóvenes en el mundo árabe y en el Sur de Europa. Es necesario añadir una dimensión en este contexto compartido: la emergencia y expansión en muchos países de una nueva edad en la

vida: la “juventud tardía” o la “edad adulta emergente” (Leccardi & Ruspini, 2006). Justo entre el comienzo de los estudios superiores y la plena instalación en la vida adulta, se extiende ahora una etapa caracterizada por una gran disponibilidad biográfica (McAdam, 1986), deseada o sufrida, por las actividades realizadas fuera de la vida familiar o profesional, y en particular por el activismo. Esta dimensión biográfica se articula con otras dos dimensiones de contextos compartidos: estos jóvenes son particularmente activos en las redes sociales y constituyen la categoría de edad más fuertemente afectada por las recesiones económicas (Blossfeld et al., 2005) y además se encuentran en el corazón de la emergencia del “precariado” que Guy Standing (2011) analiza como un nuevo actor social importante de nuevas luchas.

Estos actores también comparten un contexto mediático y tecnológico de la sociedad de la información (Castells, 2012). Internet y los flujos en las redes sociales también contribuyeron a reforzar intercambios, manifestaciones de solidaridad y una identidad compartida entre movimientos activos en diferentes países. Esta resonancia mundial fue expresada en el «Día de Acción Global» de 15 de octubre de 2011, que vio manifestaciones en más de ochenta países o en el 15 de mayo 2016 donde se celebraron los cinco años del 15M español cuando el movimiento “Nuit Debout” ocupaba las plazas de Francia. Es, sin embargo, en las producciones artísticas de los movimientos que esta resonancia global se expresa con más claridad. En su primera canción, “Release the comblestones” (2011), las feministas punks moscovita “Pussy Riot” invitan a «transformar la Plaza Roja en la plaza Tahrir». Los grafitis y las obras gráficas circulan de un movimiento al otro y la afirmación de una identidad compartida se expresa en decenas de clips videos en YouTube. Entre los ejemplos más explícitos está el video producido por actores del #YoSoy132 en México, donde jóvenes activistas de Egipto, España, México y Nueva York expresan la identidad compartida de un movimiento global y las aspiraciones compartidas a un mundo más justo y más democrático.

III. ¿Movimientos Facebook?

1 http://www.youtube.com/watch?v=6_A6LKR0h08

2 Esta parte resume el argumento que está desarrollado en mi artículo “Internet y las plazas: Activismo y movimientos de la década 2010”, en Ramírez Zaragoza M.A. ed. “Movimientos sociales en México”, México, DF: Colofón, p. 132-144.

La literatura consagrada a los usos del internet y de las redes sociales en los movimientos sociales se multiplicó desde las revoluciones árabes y los movimientos democráticos que marcan el inicio de la década de 2010. Un debate animado y a menudo marcado por un determinismo tecnológico, se desarrolló sobre el papel de las redes sociales en los movimientos que algunos denominaron “Movimientos Facebook” o “Revoluciones 2.0” (Ghonin, 2012). Unos años después, la perspectiva es más mesurada. Cuatro constataciones se imponen:

El uso del internet no provocó el remplazo de las movilizaciones en los “espacios físicos” por acciones y movimientos virtuales. Al contrario, desde 2011, la ocupación de espacios urbanos y especialmente de plazas simbólicas son centrales en estos movimientos.

A pesar del hecho que el internet es un espacio virtualmente global, los usos del internet y de las redes sociales contribuyeron de una manera considerable a construir movimientos nacionales y locales que movilizaciones globales, como se demostró en el punto anterior.

Las redes sociales y el internet no sustituyen a los medios de comunicación tradicionales. Es cuando se articulan a éstos, que los medios alternativos y militantes tienen mayor visibilidad e impacto.

Al contrario de la idea de que el internet desplegaría una “cultura horizontal de redes y de participación” lo que inevitablemente va a terminar contaminando y transformando el mundo real (Castells, 2012), Internet y las redes sociales se volvieron también espacios semi-públicos donde prosperaron el racismo y los corrientes más conservadores y autoritarios. Les permitió encontrar una nueva legitimidad social desarrollándose así de más en más en la sociedad, el espacio público y las arenas políticas.

Es urgente evitar la “fetichización” de las redes sociales y los excesos del determinismo tecnológico y del “internet-centrismo” de los que quieren “cambiar el mundo con unos clics (Morozov, 2011). No se trata de minimizar el impacto de las nuevas tecnologías y las redes sociales sobre los actores sociales y las sociedades contemporáneas, sino más bien nos invitan a enfocar el análisis en la intersección y la articulación entre acciones on line y off line, en la participación en el internet y en las calles. Para comprender el papel del internet en los movimientos contemporáneos es necesario superar las oposicio-

nes binarias entre el mundo “virtual” del ciberactivismo y el mundo “real” de las movilizaciones en las calles y plazas. De manera que activismo on line y anclaje territorial, conexiones globales y cuadros nacionales, uso de medios alternativos y referencia a los medios tradicionales de comunicación están más articulados que en oposición.

Esta articulación entre medios masivos y redes sociales nos lleva también a subrayar la importancia central de la información en las sociedades contemporáneas (Castells, 2012), y con ella la “batalla de la información”, que representa un desafío mayor para los movimientos sociales en México como en el mundo. En Islandia, Túnez, España, Nueva York, México, Brasil, el parque Gezi, Rusia y en muchos países de África Occidental, estos movimientos han denunciado la colusión entre la élite política, económica y mediática. En Túnez la familia Ben-Ali dominaba los medios de comunicación y la economía, no sólo la política. En México el movimiento “#YoSoy132” denunciaba la construcción y la imposición de un candidato por la televisión (Treré, 2013; Ramírez, 2016; Rovira, 2013). Sus manifestaciones no se dirigían al Zócalo capitalino presidencial, sino directamente a la sede principal del conglomerado de medios de comunicación nacional, Televisa. Igualmente, en Sao Paulo se realizaron numerosas manifestaciones y acciones directas dirigidas al conglomerado mediático “Globo”. En Rusia, los activistas moscovitas se rebelaron contra “La televisión zombie” que difunde información oficial del régimen por todo el país.

Las redes sociales y el internet juegan un papel crucial en los movimientos contemporáneos hasta llegar a transformarlos profundamente. Ofrecen nuevos circuitos para los flujos de la información y permiten cuestionar y matizar el impacto de los medios mainstream y permiten a los activistas estar en contacto directo con actores de estas movilizaciones en su ciudad, su país o en el mundo. Permiten reclutar nuevos activistas y visibilizar casos. Pero las redes sociales y el internet son mucho más que herramientas. Transforman a profundidad la experiencia activista, que se construye tanto en línea como en las plazas. Los alter-activistas inscriben las redes sociales en sus prácticas diarias (Flores 2016; Rovira 2013; Reguillo, 2012; Feixa 2014) y en el cruce de diferentes modos de participación e interacción. Refuerzan la dimensión expresiva del activismo. A los jóvenes alter-activistas “les parece crucial “dar a ver” sus acciones y su activismo, hacer circular las informaciones o difundir situaciones que les parecen injustas en las redes sociales” (Rodríguez, 2016).

IV. ¿Activistas individualizados?

La individualización del compromiso constituye otra característica común de estos movimientos democráticos de la década del 2010 y de numerosos movimientos contemporáneos, tanto progresistas como conservadores (véase, por ejemplo, Toscano, 2016). Los activistas, en particular los jóvenes, desconfían de las organizaciones de la sociedad civil (y aún más de los partidos políticos) y dan una gran importancia a la subjetividad, la reflexividad y a la coherencia entre sus prácticas y sus valores.

Esta individualización del compromiso parece pertenecer a un espíritu del tiempo que se rinde al “nuevo espíritu del capitalismo” (Boltanski y Chiapello, 1999) y es central en las sociedades contemporáneas (Martuccelli, 2010). Es una transformación progresiva, que no es ni positiva, ni negativa. Es eficaz en algunos asuntos y más problemática en otros, no hay que confundirla con el egoísmo. Los jóvenes activistas de hoy son tan comprometidos como las generaciones anteriores, pero se organizan de manera más fluida y ponen la autonomía individual, la inter-subjetividad y un “individualismo solitario” al centro de su manera de ser activista. Esta individualización articula dos procesos: el distanciamiento de las organizaciones de un lado, la centralidad de la relación en sí y la subjetividad del otro.

Distanciamiento de las organizaciones

La primera dimensión de la individualización del compromiso se expresa en una voluntad de tomar distancia frente a las organizaciones, de asumir una cierta autonomía frente a ellas. Las acampadas del 15M/Indignados en España, de los “Occupy”, de Gezi (Turkía) o de Nuit Debout (Francia) se distinguieron por su organización horizontal y por su marcada distancia con los actores de la sociedad civil instituida. El rechazo a los partidos políticos y a las organizaciones de la sociedad civil fue particularmente fuerte en las marchas de junio 2013 en Brasil (Bringel & Pleyers, 2014). En Francia, los estudiantes que marchaban al lado de los sindicatos en contra de la ley del trabajo en la primavera 2016 convocaban a marchar tomando el cuidado de indicar: “Este llamado no es la iniciativa de una organización. Es un llamado ciudadano y militante”.³

En los indignados y en la mayoría de los movimientos democrá-

ticos de la década del 2010, la relación con las organizaciones de la sociedad civil es a menudo distante, incluso marcada por una verdadera desconfianza, incluyendo ONG o asociaciones altermundialistas como ATTAC que hasta ahora incorporan poco de estas “nuevas” formas de compromiso. Muchas acampadas altermundialistas al inicio de los años 2000 y las de los “indignados” han sido declarados “No Logo”, “es decir no apurarse en colgar distintivos, o en la distribución de folletos, o de afiches de la organización.”⁴ Asimismo, en el parque de Zuccoti en Nueva York como en “Nuit Debout” en París, las banderas y otros símbolos de organizaciones fueron prohibidos. Sin embargo, cada movimiento y cada plaza establecen sus propias reglas. Por ejemplo, en Gezi Park, Greenpeace fue bienvenido, al contrario de los “activistas de la vieja izquierda” que fueron recibidos con desconfianza (Turkmen, 2016).

Más que en organizaciones formales, los alter-activistas se movilizan alrededor de proyectos precisos y relacionados entre ellos por redes informales y afinidades personales (Pleyers, 2010). Regularmente rebautizadas, estas redes se extienden, se reducen y se transforman según los proyectos personales que las guían. Alter-activistas repiten “no queremos ser más los peones de las organizaciones”. No significa que se niegan sistemáticamente a colaborar con organizaciones militantes, pero de manera esporádica y como “electrones libres”, es decir como individuos que mantienen su distancia en relación con toda asociación pero que se reservan el derecho de interactuar como lo deseen con organizaciones que les parezcan corresponden mejor a sus ideas y tipo de acción como ellos desearían llevarlas a cabo, pero sin compromiso más allá de un proyecto particular (Pleyers, 2009).

La individualización del compromiso y ciertas evoluciones recientes del activismo transforman a las organizaciones más clásicas del mundo asociativo, sindical y político. No obstante, estos actores continúan teniendo un papel importante en los movimientos contemporáneos, particularmente para dar mayor continuidad a las formas de compromiso y a las luchas más allá de los momentos —de fuerte movilización—.

Sindicatos y organizaciones más tradicionales de la sociedad civil también tuvieron un papel clave en el surgimiento, la defensa o la animación de muchos movimientos de ocupación de las plazas

⁴ Extracto de un correo electrónico como parte de la preparación del espacio de desobediencia del Foro Social Europeo de París, 2003.

y movilizaciones de los años recientes. En Moscú, las protestas en contra del fraude electoral en el invierno 2011-2012 y la acampada “Occupy Abay” no se hubieran originado sin la coalición de ONG y asociaciones que lograron tener la autorización oficial para las primeras marchas. En Nueva York, los sindicalistas salieron a defender la acampada y lograron detener el primer intento de desalojo por la policía, al inicio del movimiento. Después de la acampada, muchas reuniones de Occupy Wall Street fueron acogidos por los sindicatos. La ocupación de la “Place de la République” en París por el movimiento Nuit Debout, fue posible gracias a la ocupación legal de una parte de la plaza de la asociación civil “Derecho al alojamiento”, que dio consejos prácticos y jurídicos y un apoyo material a la nueva ocupación de dicho espacio.

La centralidad de la subjetividad y de relación a uno mismo

La segunda dimensión de esta individualización es el lugar central que tiene la relación con uno mismo en el compromiso contemporáneo. Por un lado, los activistas buscan defender su propia subjetividad, su especificidad y su creatividad que son atacadas por todos lados por la sociedad de consumo y los valores de competición. Resisten a ese sistema desde una serie de experiencias personales y culturales, en las cuales la relación con uno mismo es central.

Por otro lado, los “alter-activistas” se han vuelto muy reflexivos, evalúan sus propias acciones y buscan mantener una gran coherencia entre sus actos y los valores que defienden. Esto vale tanto para el activismo, donde se construyen movimientos horizontales y espacios participativos que, en la vida cotidiana, donde la igualdad de género, el respecto a los demás y la limitación de su impacto ecológico llevan a integrar el activismo a la vida. El cambio no se limita a nivel local, sino que se concibe de abajo hacia arriba (bottom-up): “No podemos cambiar el mundo si no empezamos por cambiarnos a nosotros mismos, a ayudar a nuestros vecinos, a ver lo que está pasando en nuestro barrio”.⁵

La manera de organizar el movimiento y las acampadas se vuelven espacios de experiencia, entendidos como lugares distanciados de la sociedad capitalista que permiten a los actores vivir de acuerdo con sus propios principios, entablar relaciones diferentes y expresar su subjetividad (Pleyers, 2009 & 2010; McDonald, 2006). Como las

⁵ Un joven activista cercano a los zapatistas, Cancún 2003.

comunidades zapatistas, estos espacios son a la vez lugares de lucha y “antecámaras de un mundo nuevo”. Rossana Reguillo (2013) subraya la importancia de estos “espacios de disidencia” en los cuales los jóvenes activistas articulan un “nosotros diferente” y a partir de allí otro mundo. Estos espacios de experiencia permiten a cada individuo y colectividad construirse como sujeto, defender su derecho a la singularidad y volverse actor de su propia vida. En vez de luchar para tomar el poder, como lo han hecho los movimientos sociales de la sociedad industrial, en vez de adoptar prácticas de contra-poder, que tienen como objetivo contrarrestar los órganos de poder y la influencia de las grandes empresas, como lo sugería Montesquieu, los activistas de la subjetividad buscan crear espacios de experiencia libres de relaciones de poder y de dominación,⁶ fuera de la influencia de la ideología mercantil y de los comunitarismos.

La relación con uno mismo no es egoísta, sino que se refiere a la valorización creciente de la ética personal y al hecho de que el sentido de compromiso se encuentra sobretodo en cada persona, a nivel individual. Esta relación con uno mismo y su sentido de responsabilidad personal es particularmente intenso entre los jóvenes activistas ecologistas: “No quiero participar más en eso, no quiero que me digan que hay personas que sufren por mis elecciones de consumo así que no lo hago más”. (una estudiante en Louvain-la-Neuve, 2013).

Esta individualización y la importancia dada a la subjetividad de cada es también central en la importancia que dan los activistas al encuentro con el otro. Lo consideran como un encuentro de “persona a persona”, independiente de los estatutos sociales, identidades colectivas o afiliaciones a organizaciones de la sociedad civil, asumiendo la especificidad de cada uno y con una firme voluntad de aprender de y con el otro. Frente a la amplitud de la pulverización social y del aislamiento creciente de los individuos en nuestras sociedades, los movimientos favorecen otras formas de relacionarse con los demás. Para A.E. Ceceña (1997) “cuanto más se extienden las redes capitalistas, más aislados se encuentran los individuos. En otras palabras, para contribuir al progreso de la globalización, es necesario que se reconozcan como objetos atomizados, que se desubjetivicen”. Cambiar el mundo pasa entonces por la construcción de nuevas formas de sociabilidad, como lo pensaba Ivan Illich. Muchos activistas con-

sideran que “las cosas suceden más bien por el cambio personal [...]”. Después de formar parte de los indignados, no veo más a la gente de la misma manera. Me di cuenta de que todo el mundo tiene algo que decir, trato de respetar las opiniones de cada uno y veo a cada uno como un ser humano” (Ana, una indignada, París, grupo focal, 2012).

La democracia como reivindicación, práctica y exigencia personal

La centralidad de la ética personal, de la coherencia entre las prácticas y los valores y del activismo prefigurativo llevan a los activistas a considerar a la democracia, a la justicia social o a la dignidad, no solo como reivindicaciones formuladas frente a las élites políticas. Son primero y, antes que nada, prácticas y exigencias personales. Los indignados denuncian la corrupción del poder político y exigen más ética de los políticos en el poder. Sin embargo, han dedicado su energía no tanto a la crítica a los políticos sino más bien a la implementación de prácticas democráticas en sus movimientos y a construir relaciones interpersonales de calidad, haciendo énfasis en cada uno de los barrios, las acampadas o en la organización del movimiento.

La democracia no se limita a un asunto institucional. Tienen una concepción cultural de la democracia pensada como una cultura que se despliega en las prácticas cívicas: “La democracia, es una forma de vida. Es vivir con las otras personas como son (un estudiante egipcio, ingeniero, entrevistado en el FSM de 2013 en Túnez).” La democracia se arraiga en una exigencia para y con uno mismo y con las prácticas en la vida cotidiana.

V. ¿En contra de la política institucional?

a. ¿Cambiar el mundo sin tomar el poder?

La desconfianza es todavía más grande hacia los partidos políticos tradicionales. Los alter-activistas de los años 2010 han denunciado la colusión entre las élites políticas, económicas y mediáticas; han hecho caer regímenes dictatoriales en Túnez y en Egipto, y demandan más democracia, participación y ética. Como los activistas de la vía de la subjetividad en la década anterior (Pleyers, 2009), muchos de los que tomaron parte en las revoluciones árabes, las acampadas del 15M o de Occupy se focalizaron más bien en la sociedad que en las altas esferas de la política: “Lo que buscamos es hacer, que sea la gente la que haga los cambios y no tanto los políticos”. (un activista mexicano).

⁶ Holloway J. (2002). *CAMBIAR EL MUNDO SIN TOMAR EL PODER*. BUENOS AIRES: HERRAMIENTA, P. 65.

No obstante, las prácticas de esta organización en redes tienen sus ventajas y sus límites. Los movimientos débilmente estructurados tienen una “gran capacidad para impulsar movilizaciones, pero son poco hábiles para limitarlas, ya que éstas no pueden negociar ni firmar acuerdos para salir del conflicto y no gozan de la legitimidad proporcionada por los mecanismos de elección y de representación” (Mathieu, 2011: 40; Pleyers, 2010: 65-70).

El inicio del decenio 2010 fue marcado por las esperanzas de una juventud que bajaba a las calles para reclamar más democracia, justicia social y dignidad, apoyándose principalmente en los valores y en las prácticas del alter-activismo.

Unos años después, volvieron a salir las preguntas eternas de los movimientos de emancipación: ¿Es posible “cambiar el mundo sin tomar el poder” (Holloway, 2002), a partir de las propias prácticas y de la vida cotidiana? O, por el contrario, ¿es necesario “ocupar el Estado”, como lo sugieren ciertos intelectuales militantes, y entrar en la justa electoral para no ceder el lugar a aquellos que son denunciados por los movimientos?

Nuevas combinaciones

Si bien los activistas de estos movimientos a menudo tienen la intención de superar a la democracia representativa, las prácticas y utopías que sostienen complementan esta última mucho más de lo que se oponen. Una parte de los actores de los movimientos de los años 2010 conocieron una evolución paralela en varios países. Pasaron de las críticas de la política institucional como tal a la crítica del monopolio de la política por los partidos y de la “casta” de políticos profesionales. Mientras que las primeras etapas de los movimientos de los años 2010 estuvieron dominadas por posturas antipartidistas y anti-institucionales, un número creciente de actores que salieron de estos movimientos activistas exploran ahora vías que permitirían llevar sus demandas a la arena de la política institucional y combinar las aspiraciones a una democracia más participativa y más ética con las exigencias de la escena electoral. Jeremy Corbyn, elegido como líder del partido británico laborista, o Bernie Sanders, durante las primarias democráticas en los Estados Unidos, deben parte de su éxito al eco que sus candidaturas tuvieron con los jóvenes progresistas que se volvieron a acercar a la política partidista. Lo que movilizó a estos jóvenes ciudadanos, no son las campañas de mercadotecnia en

las redes sociales, pero sí las promesas de una política distinta que responde a las preocupaciones de esta generación que se ve afectada por las políticas de austeridad y de precariedad de los empleos, así como demostrando una ética personal basada en la autenticidad y en la coherencia entre los proyectos y los actos, valores apreciados por los alteractivistas.

El nuevo partido español, Podemos, frecuentemente es presentado como la traducción del éxito del movimiento de los Indignados en la escena electoral. El precio que hay que pagar por tales aspiraciones para acceder al gobierno es la renuncia a una parte de los compromisos y los valores del movimiento. Pasando de la indignación a la organización, estos militantes han renunciado a la lógica horizontal y apuestan mucho ahora a un líder carismático y de estrategias electorales. Si cambiaron el paisaje electoral nacional, no alcanzaron las metas que se habían dado: volverse la primera o la segunda fuerza política a nivel nacional y participar en el gobierno. Su principal éxito reside en la gestión más abierta, más participativa y más solidaria de las ciudades de Madrid y Barcelona. El nivel local es de hecho mucho más favorable a las innovaciones sociales y políticas que promueven estos movimientos.

En Chile, varios de los líderes estudiantiles de 2011 fueron electos como diputados o senadores en las elecciones siguientes (Cortés, 2016). En México, la desconfianza frente a los partidos políticos y al sistema electoral es todavía más alta. Sin embargo, a pesar de los recursos controlados por los partidos dominantes para mantener este sistema, también en este país surgieron tentativas para combinar elementos de una democracia más directa y participativa con una participación crítica en la política institucional.

El caso de Pedro Kumamoto, activista y joven político quien, con 25 años, fue el primer candidato independiente electo en el Congreso Estatal de Jalisco, es interesante. Su eslogan de campaña dejó claro el vínculo de su proyecto político con las ocupaciones de las plazas al inicio de esta década, pero también la voluntad de llevar el cambio y la participación ciudadana hacia las instituciones políticas: “Ocupemos el congreso”. Estas innovaciones sociales y políticas y las fertilizaciones recíprocas entre la cultura y las prácticas alter-activistas con las de la democracia representativa podrían volverse un legado mayor de los movimientos recientes y un campo de estudio particularmente interesante para entender los alcances y los límites de estos actores

y para visibilizar prácticas que puedan contribuir a “democratizar la democracia” (Sousa Santos, 2006).

Represión

El panorama global de la evolución los movimientos de los años 2010 y de sus relaciones con los gobernantes es sin embargo mucho más sombrío. Lejos de las innovaciones socio-políticas, lo que domina el panorama son las tendencias autoritarias de muchos regímenes donde surgieron estos movimientos y la represión de los activistas. En Turquía, en Egipto y en muchos otros países, los gobiernos autoritarios han reaccionado a la crítica de los jóvenes activistas sobre la represión, la violencia y las desapariciones forzadas.

Lo que Human Rights Watch (2014) calificó como “uno de los asesinatos de manifestantes más grandes del mundo en un solo día de la historia reciente”, pasó casi desapercibido en Egipto el 14 de agosto de 2013, sin reacciones de la comunidad internacional. Más de mil personas fueron asesinadas en allanamientos contra dos campos de protesta en El Cairo este día y centenas más en diferentes ciudades del país durante el mismo mes. Como lo resume José Sánchez (2015), la revolución se ha vuelto en contra de los activistas y de los jóvenes. La esperanza de una Turquía más democrática, suscitada por las múltiples iniciativas promovidas por el movimiento de Gezi, y el éxito de este partido en las elecciones de junio de 2015, rápidamente fueron confrontados por la violencia hacia los militantes pacifistas y la represión del régimen autoritario de Erdoğan en contra de los activistas y del movimiento kurdo y, además, en contra de académicos y periodistas.

En México, se presenta el caso de cuarenta y tres estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa desaparecidos el 26 de septiembre de 2014, después de haber sido detenidos por el ejército durante una acción de protesta. La violencia que afecta a los jóvenes y que mezcla la agresión de los cárteles de la droga, la impunidad de las fuerzas del orden y la represión hacia los opositores es tan alto que algunos investigadores recurrieron al neologismo “juenicidio” (Reguillo, 2014; Valenzuela, 2015).

Contra la impunidad, la represión de los regímenes autoritarios y el terrorismo, la vía democrática trazada por los alter-activistas aparece, a la vez, como la única opción posible y como la más frágil. En numerosos países, la esperanza surgida con las aspiraciones de-

mocráticas de los alter-activistas ha dejado lugar a la represión y a la violencia. La inquietud de Buket Turkmen (2016) resuena entonces mucho más allá de Turquía: “Esta esperanza que apenas se estaba constituyendo con la emergencia de nuevas formas de compromiso y de solidaridad y con las nuevas redes de solidaridad, ¿acaso puede sobrevivir en condiciones de conflicto armado? ¿Cuál es la posibilidad de supervivencia del alter-activismo en un Medio-Oriente y en un mundo marcado por la guerra?” En un contexto difícil, donde las aspiraciones democráticas y los valores de la vida en común se ven socavados por el retorno de los nacionalismos, de las ideologías bélicas y de la represión.

Conclusión

Los movimientos que surgieron en todas las regiones del mundo desde el año 2011 obligan a los analistas a pensar los movimientos sociales de una manera distinta, tomando en cuenta las dimensiones subjetivas y objetivas del compromiso que anima a los actores, las dimensiones locales, nacionales y globales de sus movimientos.

Estos movimientos no corresponden ni a las formas, componentes y mecanismos ni de los “nuevos movimientos sociales” de los años 1970 y 1980, ni del movimiento obrero. Mezclan reivindicaciones “materialistas” y “post-materialista”, transforman el sentido de los conceptos de “democracia” y de “dignidad”. Son globales, pero de una manera muy distinta a la conceptualización de la “sociedad civil global” al inicio del siglo y sin dejar las escalas locales y nacionales.

Las marchas y sus acciones de protesta son sólo la punta del iceberg que representan de estos movimientos que buscan implementar otras formas de relacionarse con los demás y alternativas concretas a la sociedad dominante. Los movimientos progresistas de la primera parte de los años 2010 nos recuerdan que la democracia no sólo radica en las instituciones y en las elecciones. Exploran formas de vivir la democracia como una experiencia, como prácticas concretas y como un requisito personal. La consideran como un proyecto emancipador arraigada en la “práctica guiada por la presuposición de la igualdad de cualquiera con cualquiera” (Rancière, 1998). Implementar tal proyecto democrático resulta un reto mayor en una sociedad cada vez más desigual y donde los regímenes conservadores y autoritarios tomaron mucha más fuerza que los actores progresistas.

BIBLIOGRAFÍA

Barouh E. (2015) "The Protesters", Sofia: New Bulgarian University Press

Bayat A. (2010) *Life as politics. How ordinary people change the Middle-East*, Standford: Standford University Press

Beck U. (1997) *Was ist Globalisierung*, Frankfurt: Suhrkamp

Bennani-Chraïbi M., Fillieule O. (2012) « Pour une sociologie des situations révolutionnaires. Retour sur les révoltes arabes », *Revue française de sciences politique*, vol. 62, no 5-6 p. 767-796.

Blossfeld, H.P., Buchholz, S. and Hofacker, D., eds., 2005. *Globalization, uncertainty and youth in society*. New York: Routledge.

Boltanski L., Chiapello E. (1999) *Le nouvel esprit du capitalisme*, Paris : Gallimard.

Bringel, Breno (2015) "Social movements and contemporary modernity: internationalism and patterns of global contestation". In: B. Bringel y J.M. Domingues (eds) *Global Modernity and Social Contestation*. London: SAGE, p.122-138.

Bringel, B. & Pleyers, G. (2015) *Junho de 2013... dois anos depois: polarização, impactos e reconfiguração do ativismo no Brasil*, Nova Sociedade, pp. 4-17.

Calhoun C. (1993) "New Social Movements" of the Early Nineteenth Century, *Social Science History*, 17(3), p. 385-427.

Castells M. (2012) *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity Press.

Cecea A.E. (1997) *Neoliberalismo e insubordinación*, Chiapas n°4, ERA-Instituto de Investigaciones Económicas.

El Chazli Y. (2012) Comment des Égyptiens « dépolitisés » sont-ils devenus révolutionnaires ?, *Revue Française de Science Politique*, pp. 843-865.

Feixa C., Perondi M. (2013) *El peregrino indignado: El Camino de Sol*, IN: Feixa C. & Nofre J. (org.) *#GeneraciónIndignada. Topias y Utopias del 15M*. Lleida: Milenio, pp. 117-140.

Feixa C. (2014) *De la generación @ a la generación #*, Barcelona: NED.

Flores D. (2016)), "Imaginar un mundo mayor: La expresión pública de los activistas en Internet", Tesis de doctorado en Estudios de la Comunicación, Guadalajara: ITESO.

Garretón MA coord. (2016) *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*, Santiago: LOM.

Garza M. (2016) *Insurrección, fiesta y construcción de otro mundo en las luchas de la APPO*, Ciudad de México: Juan Pablo Editores.

GHONIM W. (2012.) *Revolution 2.0 The Power of the People Is Greater Than the People in Power*. London: Fourth Estate.

Glasius M. & Pleyers G. (2013) *The moment of 2011: Democracy, social justice, dignity, Development and change*, vol. 44(3): 547-567.

Goodwin J., Hetland G. (2013) « The Strange Disappearance of Capitalism from Social Movement Studies », in Barker, Cox, Krinsky et Nilsen (eds.), *Marxism and Social Movements*, Leiden, Brill, p. 83-102.

Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires: Herramientas.

Human Right Watch (2014), "Egypt: Rab'a Killings Likely Crimes against", <https://www.hrw.org/news/2014/08/12/egypt-raba-killings-likely-crimes-against-humanity>

Illich, I. (1977) *La convivencialidad*, Ocotepc (México).

Leccardi, C., Ruspini E. coord. (2006) *A new Youth*, Burlington: Ashgate.

Martuccelli, D. (2010) *La société singulariste*, Paris : A. Colin.

Mathieu M. (2011) *La démocratie protestataire*, Paris: Presses de Sciences Po.

McAdam, D. 1986. *Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer*. *American Journal of Sociology*

McAdam, D., 1989. *The biographical consequences of activism*. *American sociological review*,

McDonald, K., 2006, *Global movements: Action and Culture*, Londres, Wiley-Blackwell.

Morozov, E. (2011) *The Net Delusion: The Dark Side of Internet Freedom*, Londres: Penguin.

Nun, J. (1989) *La Rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Olesen, T. (2015) *Global Injustice Symbols and Social Movements*. New York: Palgrave

Pleyers, G. (2009) "Autonomías locales y subjetividades en contra del neoliberalismo: hacía un nuevo paradigma para entender los

movimientos sociales contemporáneos”, In: “Los movimientos sociales de lo local a lo global”, Mestries F., Pleyers G. & Zermeño S. eds, Anthropos, Barcelona, p. 126-153.

Pleyers, G. (2010) *Alter-Globalization: Becoming Actors in a Global Age*, Cambridge, Polity.

Pleyers, G. (2016a) Engagement et relation à soi chez les jeunes alter-activistes, *Agora-Débats Jeunesse* (Presses de Sciences Po), N°72, p. 97-122.

Pleyers, G. (2016b) “Internet y las plazas: Activismo y movimientos de la década 2010”, In: M.A. Ramírez Zaragoza ed. “Movimientos sociales en México. Apuntes teóricos y estudios de caso”, México, DF: Colofón, p. 132-144

Ramírez Zaragoza MA (2016) Poder y comunicación en los movimientos sociales,

Rancière, J. (1998) *Au bord du politique*, Paris : Gallimard

Reguillo, R. (2012) *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*. Buenos Aires: Siglo XXI

Rodríguez S. (2016) « J’aimerais être une antenne ». *Pratiques et sens de l’engagement à l’ère des cultures en réseaux*, *Agora/Débats Jeunesse* 73, p. 61-76.

Rovira G. (2013) De las redes a las plazas: la web 2.0 y el nuevo ciclo de protestas en el mundo, *Acta Sociológica*, N° 62.

Sousa Santos B. (2004) *Democratizar la democracia*, México, FCE.

Standing G. (2011) *Precariat*, Cambridge : Polity.

Tamayo S., López-Saavedra N. coord. (2012) *Apropiación política de la espacio público*, México: IFE/CIAM.

Thompson E.P. (1963) *The Making of the English Working Class*, Londres: Gollancz.

Toscano E. (2015) La nouvelle droite radicale en Italie : le mouvement de CasaPound, In : G. Pleyers & B. Capitaine «Les mouvements sociaux. Quand le sujet devient acteur », Paris : Maison des Sciences de l’Homme.

Touraine A. (1979) La voz y la mirada. *Rev. Mexicana de sociología*. Núm. 4 Octubre-Diciembre. UNAM.

Touraine A. (2015) *Nous, Sujets humains*, Paris : Seuil.

Treré E. (2013), “#YoSoy132: la experiencia de los nuevos movimientos sociales en México y el papel de las redes sociales desde una perspectiva crítica”, *Revista Educación Social* 55, p. 112-121.

Turkmen B. (2016) La résistance de gezi et la subjectivité des femmes « çapulcu », In : G. Pleyers & B. Capitaine «Les mouvements sociaux. Quand le sujet devient acteur », Paris : Maison des Sciences de l’Homme.

Valenzuela JM coord. (2015), *Juvenicidio*, México: NED.